

## Reflexiones sobre los cambios políticos en América Latina Las clases medias y el sistema de poder

ANTONIO GARCÍA

### I

Los fenómenos de movilidad y comunicación de masas en los países capitalistas desarrollados, así como la modificación del esquema capitalista de las clases en los países de cultura soviética, han creado una serie de imágenes falsas acerca de la estructura social, de la naturaleza, dinámica y actitud de los grupos sociales. En los países capitalistas, es evidente que se ha complicado el esquema clásico burguesía-proletariado, no sólo por la proliferación y diversificación de las clases medias, sino también por el fenómeno dialéctico del transbordo de las ideologías de una clase a otra, de la burguesía a las clases medias y al proletariado. El caso de los Estados Unidos demuestra la medida en que el proletariado industrial puede *aburguesarse*, alienándose a la ideología de las clases dominantes, en la medida en que participa de las aspiraciones, valores culturales y conquistas materiales de esa sociedad opulenta.<sup>1</sup>

En términos estrictos, el proletariado de los países industriales que desempeñan funciones hegemónicas en la economía mundial, constituye una *aristocracia obrera* que, en apreciable medida, comparte con las clases dominantes los beneficios económicos de una estructura colonial de las relaciones mundiales de intercambio. Ésta es la razón fundamental de que ese tipo de proletariado satisfecho y pragmático —no importa cual sea el grado de concentración de la riqueza y del poder en el marco de la sociedad industrial— enfoque el problema de las relaciones sociales o de las relaciones entre la potencia hegemónica y los países atrasados, desde una perspectiva burguesa. En este sentido, no es mucho lo que sabemos sobre esta forma de aburguesamiento del moderno proletariado industrial y su “alienación opulenta”. El desgarramiento interno de esas “sociedades satisfechas” y en las que el proletariado ha

ido identificándose con los objetivos tecnocráticos del sistema de vida, no se ha provocado por la acción del esquema burguesía-proletariado, sino por la actitud insurreccional de las poblaciones racialmente discriminadas. El epicentro de la lucha social en los Estados Unidos, no se relaciona con la estructura burguesa de la Federación Americana del Trabajo sino con los “ghettos” donde se refugia el Poder Negro o el Poder Cobrizo. ¿En qué medida estos factores sociales están modificando el esquema clásico de las clases y de las luchas sociales?

En la sociedad soviética, la hipertrofia del Estado como maquinaria de poder y la adopción de un esquema stalinista tecnocrático de revolución industrial, no condujeron a esa proletarización soñada por Lenin o Trotzky, sino a la inusitada expansión y racionalización de la burocracia. El instrumento de ejercicio de la dictadura del proletariado era el Partido Comunista; pero el instrumento de manipulación del poder en el Partido Comunista, era la burocracia especializada en el manejo del poder. En la arquitectura de una sociedad tecnocrática y centralizada, del tipo stalinista, los centros de decisión no podían funcionar al nivel de la masa obrera sino en la esfera de esa burocracia de partido considerada como depositaria oficial de la “ideología del proletariado”. Lo que ocurrió en el ciclo stalinista fue que la “dictadura del proletariado” debió cambiar de contenido y que los mecanismos del “centralismo democrático” no pudieron ser tan poderosos y enérgicos como los del “centralismo burocrático”. El cambio de contenido fue el resultado del hecho simple de que en la Unión Soviética se había roto el marco capitalista de las clases... pero se había formado, sorpresivamente, otro marco distinto. El hecho de que la sociedad no estuviese dividida en “clases antagónicas” —en el sentido del esquema vertical burguesía-proletariado— no quería decir que en la sociedad soviética no estuviese generándose un fenómeno de *diferenciación y diversificación* de clases o grupos sociales (proletariado industrial, campesinado koljosiano y capas medias). La esencia del problema no cambia porque a estas clases sociales de tipo soviético las llamemos capas o grupos. Desde el punto de vista político, el fenómeno más interesante consiste en las formas de transbordo y metamorfosis de las clases medias (intelectuales, científicos, artistas, empleados, etcétera) y en el hecho de que esas clases tienen el más elevado peso cuantitativo y cualitativo en el sistema de conducción del Estado. El análisis de la composición social del PCUS, permite formular un interrogante: ¿actualmente las capas medias de la sociedad soviética, conservan todavía el carácter de grupos depositarios de la ideología comunista del proletariado?

## II

Uno de los hechos más sorprendentes en el mundo contemporáneo es el de la modificación dialéctica de la estructura interna de las clases. Aun en los países socialistas de la Europa Oriental, la idea primitiva y ortodoxa de una proletarianización generalizada de la sociedad, fue siendo revisada y alterada por la práctica histórica. De allí que, por ejemplo, en la Unión Soviética, ese proceso de cambios se haya reflejado en lo que constituye el corazón del sistema de conducción política: la estructura social del Partido Comunista. En 1964, de cada 100 personas admitidas como candidatos, el 45.3% eran obreros (el 52.5% de ellos obreros industriales), el 15.1% koljosianos, el 39% capas medias (ingenieros, técnicos, agrónomos, médicos, maestros, empleados, etcétera) y el 1% estudiantes.<sup>2</sup>

Aún no ha sido estudiada la incidencia ideológica y política de los "grupos sociales" en la composición del PCUS: en 1961, el 35% de los comunistas soviéticos eran obreros, el 17.3% campesinos (koljosianos) y el 47.7% empleados (y otros); en 1965 no había sido casi modificada esa composición, ya que los obreros constituían el 37.3%, los campesinos el 16.5% y los empleados el 46.2%.<sup>3</sup> No pudiendo equipararse los obreros y los campesinos koljosianos, resulta que la mayoría de los comunistas soviéticos forman parte de las capas medias. El hecho de que esas capas medias deban apreciarse dentro del contexto de la sociedad soviética, no le resta importancia al hecho de que esas capas continúan desempeñando un papel relevante en la conducción del sistema de partido único y del Estado.<sup>4</sup>

En la década del 40, se operó en Argentina la transformación de una sociedad de inmigraciones europeas en una sociedad de migraciones internas.

En términos estrictos, en esa década hizo crisis la falsa imagen de una profunda y acelerada modernización de la nación Argentina —modernización a la europea— creada por la saturación de las corrientes inmigratorias. A principios del siglo, Buenos Aires y Montevideo eran casi ciudades europeas, desde el punto de vista de su composición demográfica. Por 1889 había en Montevideo 100 000 extranjeros y 114 000 uruguayos<sup>5</sup> y por 1914, en Argentina, eran extranjeros el 66% de todos los industriales y el 74% de todos los propietarios de comercio.<sup>6</sup> Todavía en la década del 50 habían nacido en el extranjero el 40% de los industriales. Lo que empezó a vivir Argentina a partir de la década del 40, fue la crisis de esa imagen artificial de la *sociedad de inmigración* y de la estructura social y política formada en los primeros tiempos de la coexistencia. La dinámica generada por el gran centro metropolitano,

desencadenó el torrente de las migraciones internas en procura de nuevo *status* y de escalas abiertas de ascenso.

Los desplazamientos migratorios en Argentina, Chile, Brasil o Colombia llegaron a comprometer desde una quinta hasta una tercera parte de la población rural, en la última década:

EMIGRACIÓN NETA DESDE SECTORES RURALES A CIUDADES  
(ESTIMACIONES), EN LA DÉCADA 1950/1960

<i>Paises de elevada urbanización</i>	<i>Emigración neta rural-urbana en miles</i>	<i>En relación con la población total (1950) %</i>	<i>En relación a población rural %</i>
Argentina	1,446	8.6	24.9
Brasil	6,301	12.1	19.0
Chile	685	11.9	29.0
Colombia	1,345	11.9	16.0
Ecuador	390	12.2	17.0
Perú	649	8.3	13.6

FUENTE: Estudios de CIDA sobre la Tenencia de la Tierra en América Latina.

Este fenómeno de sustitución de las migraciones extranjeras por las migraciones internas, en Argentina, tuvo dos singulares expresiones: el cambio de composición de la clase obrera metropolitana —modificándose la imagen occidentalizada del proletariado inmigrante por otra fraguada en el torrente inmigratorio de los “cabecitas negras”— y el cambio de composición de las clases medias, dominando en ellas las más numerosas, conservadoras o conformistas. Con este acontecimiento fundamental está ligada la frustración política de los partidos populistas de clases medias (radicalismo) y de los partidos revolucionarios de tipo convencional (social-demócrata y comunista). La lógica de esta frustración está vinculada al hecho histórico de que al producirse la crisis del sistema tradicional de partidos, no hubiese existido un moderno sistema de organizaciones populares capaz de sustituirlo en el control del Estado. Los movimientos políticos originados en la movilización del reciente proletariado urbano y en la gravitación nacionalista de ciertas élites militares, tampoco ganaron la capacidad de decisión, provocándose el fenómeno del *vacío* de poder o del *punto muerto*. Ni las viejas fuerzas sociales tenían la capacidad de liderizar un proceso de cambios estructurales —sin el cual no es posible el desarrollo nacional autosostenido— ni las nuevas fuerzas de la sociedad argentina estaban organizadas y politizadas para sustituirlas. Fue este vacío de poder el que precipitó a la escena política a las Fuerzas Armadas.<sup>7</sup> El problema esencial planteado ha sido el de que esas fuerzas, por su naturaleza y formación, no estaban preparadas políticamente para el desempeño de una función de Gobier-

no. Las Fuerzas Armadas de 1930 derrocaron al gobierno populista de Yrigoyen en resguardo de los intereses de la oligarquía pecuaria tradicional y en consecuencia, aceptando un papel político subordinado y vicario. Las Fuerzas Armadas de 1966 habían ganado un nivel institucional que las inhibía al desempeño de un semejante papel histórico. Pero, sin darse cuenta, habían sido arrastradas a un nuevo campo de gravitación política: el de la alineación estratégica a los Estados Unidos, por medio del sistema interamericano de unificación de Estados Mayores. Esa vinculación política las fue identificando, progresivamente, no sólo con los intereses estratégicos de los Estados Unidos, sino con la ideología norteamericana de liberalización económica. Al asumir la responsabilidad institucional de manejar al Estado, las Fuerzas Armadas quedaron prisioneras en el más grave de los conflictos: el existente entre el *absolutismo político* y el *liberalismo económico*, entre la negativa a aceptar un sistema normativo para las personas y la política de “puertas abiertas” para los capitales y las cosas. Mediante el ejercicio de esta política, fueron obturados los mecanismos de carácter representativo y desarticulada la estructura sindical y partidaria, pero quedaron abiertas las vías de penetración del capital extranjero. Paradojalmente, han sido las Fuerzas Armadas las que han estado desarticulando los mecanismos político-económicos de la “defensa nacional”.

La concentración de más de una tercera parte de la población nacional en las áreas metropolitanas de Santiago y Valparaíso, en Chile, así como la expansión del sector estatal a partir de los gobiernos populistas en la década del 30, trajeron como consecuencia un cambio profundo en la composición de la clase obrera y una hipertrofia de las clases medias. La expansión del marco social del proletariado se efectuó a expensas de una fuerte inmigración campesina, la que de una parte rompió con su antiguo sistema paternalista de clientelas y de otra no encontró acomodo ni en el sindicalismo revolucionario de élite, ni en las nuevas formas de organización social en la periferia urbana. Ese cambio de composición se ha expresado en el gregarismo de ciertas capas de población obrera (en el Gran Santiago, el 75% de los obreros fabriles no participa de modo alguno en los comités de pobladores y el 91.6% de los obreros no toma parte en ninguna de las actividades de la organización popular) <sup>8</sup> y en el arraigo de los movimientos de tipo populista o caudillista.

El acelerado ascenso de las clases medias fue posible por la apertura física e institucional del Estado, la ampliación de los cuadros de la educación media y superior y la estabilización política de los partidos populistas o revolucionarios convencionales. Profundizando en este proceso —cuyo punto histórico de origen es la confusa experiencia del Frente

Popular— esa estabilización política sólo puede explicarse por el hecho de que ninguno de esos partidos cuestionó la legitimidad de las reglas tradicionales del juego. De una parte, el centro de gravedad de la “izquierda” fue el Partido Radical (hasta el apareamiento del FRAP) y de otra, las orientaciones populistas permearon y dominaron el sistema de conducción del sindicalismo y de los partidos socialista y comunista. En esto consiste la más notable contribución de las clases medias y de sus esquemas ideológicos en la apertura y consolidación del Estado tradicional, creando una imagen de *neutralidad, representatividad e independencia* que nunca antes lograron crear las clases dominantes en el ejercicio del control hegemónico sobre ese tipo de Estado. El esquema populista envolvió el aparato represivo del Estado en una densa e impresionante capa de consenso popular. En consecuencia, fue esta operación la que amplió las bases de institucionalidad —o legitimidad— del Estado tradicional y de la estructura de poder en que se ha sustentado. La contrapartida de este hecho fue la inserción de las clases medias en los aparatos administrativos del Estado, compartiendo el poder por intermedio de una burocracia cada día más organizada y especializada y más capaz de ejercer presiones políticas. Sin una justa evaluación de este fenómeno, no podría comprenderse ni la institucionalización del sistema de partidos reformistas y revolucionarios —dentro del marco de una democracia parlamentaria y burguesa— ni la consolidación del sistema tradicional de poder, ni la generación de una dinámica independiente del Estado. Es a partir de entonces que se entra en un proceso de *nacionalización del Estado*, disociándolo formalmente del poder de decisión de las clases dominantes e identificándolo con ciertas normas consensuales y aspiraciones de la sociedad nacional. Se fragua así la imagen de un Estado que es estructura de servicio y función arbitral, esto es, suma de órganos que funcionan dentro de un marco de universalidad de necesidades e intereses. Si no se hubiese efectuado este proceso de nacionalización, el Estado tradicional habría saltado en pedazos, como ocurrió en la Revolución Mexicana a partir de 1910, en la Revolución Boliviana de 1952 o en la Revolución Cubana iniciada en 1959. La creación más original de esas revoluciones —en el supuesto de que toda revolución profunda es la creación más original de la historia de un país— ha sido la imagen nacional y popular del Estado, en la que se han fundido los procesos de nacionalización del Estado y de creación de un poder popular.

En los países australes, las clases medias efectuaron ese proceso de nacionalización del Estado en un sentido más de forma que de sustancia, frustrando las posibilidades de democratización real del poder, pero creando unas ciertas reglas institucionales de convivencia. En este sentido,

ha funcionado un cierto "pacto social" entre las capas medias y las antiguas clases dominantes: éstas conservaron el poder económico y aquéllas utilizaron su rol político en el mejoramiento de su status, en la constitución de una burocracia con rango técnico-administrativo y en la capacidad de elevar su participación en el ingreso nacional. En Chile, en Uruguay o en Argentina, la burocracia ha sido un tipo de organización que no sólo ha exigido un saber y unas técnicas, sino que se ha resguardado por medio de una severa especialización y de unas prácticas ritualistas. De allí que se haya configurado la imagen de que constituye un grupo social "depositario del poder" y que utiliza, en su propio beneficio, este control especializado y físico de los aparatos o servicios sectoriales del Estado.

En Uruguay, a principios de la década del 60,<sup>9</sup> la población intermedia vinculada activa o pasivamente a estructuras públicas (estatales o con predominio de financiamiento público), representaba el 45% de la población activa y más de la tercera parte de la población nacional. Semejante masa burocrática, fue transformándose en la más tremenda y negativa fuerza de presión sobre la economía y el Estado, dislocando, simultáneamente, los impulsos de desarrollo y los esfuerzos de cambio. Esta experiencia uruguaya ha demostrado en qué medida las clases medias, como depositarias políticas del poder, han logrado crear un sistema propio de intereses, controlar los entes y servicios por medio de los dos partidos tradicionales (blancos y colorados) y rebasar los marcos del "pacto social". Esos partidos tradicionales han movilizado, regularmente, el 90% o más de la masa electora.<sup>10</sup>

En Chile, entre 1940 y 1957, se produjeron los siguientes cambios en las remuneraciones medias,<sup>11</sup> en relación a los ingresos de la clase obrera:

	1940	1957
Clase intermedia	4.2 rentas de la clase obrera	5.1 rentas de la clase obrera
Clase patronal	11.6 rentas de la clase obrera	14.3 rentas de la clase obrera

En 1960, un millón y medio de obreros con salarios inferiores a E° 834 año (Escudos corrientes) ganaron E° 493 millones o sea, apenas el 83% de lo ganado por 412 mil empleados.<sup>12</sup>

La participación relativa de estas clases en el ingreso nacional (promedio de 1950/1957), tuvo las siguientes variaciones:

	% de población socialmente considerada	% del ingreso nacional
Clase obrera	56.2	21.9
Clase intermedia	12.6	25.9
Clase empresarial	9.5	44.8

En una perspectiva histórica (1940/1953, periodo que corresponde al de los gobiernos populistas de clases medias), esa participación tomó dos direcciones contrarias: una creciente —en los sectores empresarios y de clases intermedias— y otro decreciente, en relación a la población obrera: <sup>13</sup>

	% de la población activa		% en el ingreso real		% en la variación del ingreso	
	1940	1953	1940	1953		
Salarios	57.2	57.1	26.7	21.1	100	107
Sueldos	11.4	11.7	15.1	20	100	146
Ingreso de empresarios	33.2	31.2	58.2	58.9	100	160

Sin embargo, estas categorías no intentan crear la falsa imagen de que correspondan a clases sociales o grupos homogéneos. Las clases medias constituyen un amplio espectro de capas distintas y entre los bajos y altos estratos del empresariado existe una enorme distancia social. De allí que cerca del 50% de los empresarios configure una clase media que apenas obtiene el 21% del ingreso correspondiente al sector de empresariado; y el 4% —en la cima de la pirámide— absorba casi la quinta parte de ese ingreso total. <sup>14</sup>

De acuerdo a la hipótesis del “pacto social” entre las capas medias y las dominantes, ambas han compartido las vías de acceso a los organismos superiores de cultura y se han institucionalizado dos raseros de justicia social: uno para esas capas depositarias materiales del poder y otra para los obreros y campesinos.

No obstante tratarse de una de las instituciones latinoamericanas más sensibles a las exigencias nacionales de cultura, como es la Universidad de Chile, cerca del 98% del alumnado inscrito pertenece a las clases altas y medias y menos del 2% es de extracción campesina y obrera. <sup>15</sup> La capacidad de presión política de las clases medias, provoca las más graves distorsiones en la estructura de la seguridad social: mientras los empleados se pueden jubilar con 25 años de servicios, los obreros deben trabajar entre 45 y 50 años para obtener el mismo beneficio de jubilación. En la última década (1958/1967) —en la que ha sido más generalizada y profunda la gravitación política de las clases medias— el crecimiento vegetativo de la población ha descendido del 2.35% al 1.96% y el aumento vegetativo de las pensiones ha aumentado a ritmos del 10% y del 15% anual. <sup>16</sup>

Este examen dialéctico de los fenómenos de metamorfosis y transbordo de las clases medias —en América Latina y en el mundo contemporáneo— tiende a replantear el problema, en una nueva perspectiva social. ¿En



qué medida las clases medias están modificando los esquemas burgueses y comunistas clásicos sobre la estructura de clases y en qué medida constituyen el elenco defensivo de cualquier sistema, capitalista o comunista, por ser las capas sociales mejor armadas para la institucionalización de las sociedades nuevas o la estabilización de las sociedades viejas? ¿Hasta dónde la vitalidad política del capitalismo descansa sobre esta constelación de clases medias que lindan, como una frontera móvil y amortiguadora, de una parte con los consorcios y de otra con la aristocracia del proletariado? ¿Podría decirse que esa clase de frontera constituye un ala ascendente del proletariado o que es el aparato de institucionalización del Estado burgués de Derecho? ¿Hasta dónde se está modificando la imagen de las clases sociales —en cualquiera de los sectores políticos del mundo— por la formación y gravitación de estas clases medias, multi-formes, ubicuas, rebeldes o conservadoras?

<sup>1</sup> “Marx estaba convencido —dice Erich Fromm en la *Introducción al humanismo socialista* (Buenos Aires, Edit. Paidós, 1966, p. 11)— de que la clase trabajadora dirigiría la transformación de la sociedad porque era simultáneamente la clase más deshumanizada y alienada, y la de mayor poder potencial, pues el funcionamiento de la sociedad dependía de ella. No previó en que el capitalismo se desarrollaría hasta un punto en que la clase trabajadora prosperaría materialmente y compartiría el espíritu capitalista, en tanto que la totalidad de la sociedad se alienaría hasta un grado extremo. Nunca pensó que la alienación opulenta pudiera ser tan deshumanizadora como la alienación indigente.”

<sup>2</sup> El PCUS en cifras, p. 55, Boletín de Información, núm. 34, Praga, Edit. Paz y Socialismo, 1965.

<sup>3</sup> El PCUS en cifras, *ob. cit.*, p. 59.

<sup>4</sup> El problema no queda resuelto por medio de la simple calificación de las capas medias —empleados, intelectuales, científicos, etcétera— como un agregado social e ideológico de la clase obrera. Ésta parece ser la actitud oficial del PCUS. Los redactores de la *Revista Internacional* —órgano teórico de los partidos comunistas de tipo soviético— Boris Ladiguin y Mijail Lebedev (Arma de Nuestra Lucha, en el Cincuentenario de “El Estado y La Revolución” de Lenin, Praga, núm. 115, 1968, p. 59) abordan el problema con este criterio de identificación ideológica. “Los objetivos fundamentales de la clase obrera, dicen, coinciden en lo esencial con los intereses de todos los trabajadores y de toda la sociedad. De ahí que no haya motivo alguno para sacar la conclusión de que hemos llegado a un cambio tal de las condiciones del desarrollo de la sociedad, que haga desaparecer el problema de la necesidad del papel dirigente de la clase obrera, tanto durante la preparación y realización de la revolución socialista como en el transcurso de la construcción del socialismo. El creciente papel que desempeñan los intelectuales no contradice esto, ya que siguen teniendo un solo camino para el progreso: luchar contra la explotación y, por consiguiente, marchar junto con la clase obrera.”

<sup>5</sup> Johnson J. J., *Political Change in Latin America: the Emergence of Middle Sectors*, Stanford, 1958, p. 49.

<sup>6</sup> El nuevo evolucionismo, H. Hoctnink, América Latina, núm. 4, Río de Janeiro, 1965, p. 33. Hacia una democracia de masas, Gino Germani, Argentina, Sociedad de masas, Buenos Aires, Edit. Eudeba, 1965, p. 221.

<sup>7</sup> *Las fuerzas armadas en la crisis argentina*, Marcos Kaplan, Buenos Aires, 1963.

<sup>8</sup> Una investigación social sobre la clase obrera del Gran Santiago, Enrique Paris R. y Nestor Porcell, "Comentarios a una encuesta de la Universidad de Chile", *Revista Principios*, núm. 114, 1966, p. 57.

<sup>9</sup> En 1960, la probable población activa ascendía a 910,000 personas, concentrándose el 40% en Montevideo. Según Carlos M. Rama ("Las clases sociales en el Uruguay, Montevideo", Edic. Nuestro Tiempo, 1960), Montevideo se caracteriza por la elevada concentración de clases medias, predominantemente enroladas en la burocracia pública:

Clases	Sociedad rural %	Sociedad urbana interior %	Sociedad metropolitana de Montevideo %
Alta	2	3	1
Medias	29	24	40
Bajas	69	73	59

En 1958, existía el siguiente cuadro ocupacional:

**A Funcionariado.**

1) Administración central, entes autónomos, servicios descentralizados, municipios . . . . .	167.411
2) Jubilados, pensionistas, retirados por vejez (en el total de institutos) . . . . .	250.910
	418.321

**B Industria manufacturera (1956).**

Empleados. . . . .	33.492
Obreros. . . . .	186.115
	219.537

Suponiendo una familia de 3 personas, la población representada por el funcionariado activo ascendería a más de medio millón de personas.

<sup>10</sup> Impacto político de las diferencias internas de los "Países en los grados e índices de modernización y desarrollo económico en América Latina", Aldo E. Solari, *América Latina*, núm. 1, 1965, Río de Janeiro, p. 6.

<sup>11</sup> Estructura socio-económica de la población chilena, Helio Varela, *Revista Arauco*, Santiago de Chile.

<sup>12</sup> Instituto de Economía de la Universidad de Chile. "La población del Gran Santiago", 1959, *Geografía económica de Chile*, CORFO, Santiago, 1965, p. 409.

<sup>13</sup> Chile, un caso de desarrollo frustrado. Aníbal Pinto Santa Cruz. Edit. Universitaria. Santiago de Chile, 1959, n. 185. Basado en cálculos de N. Kaldor.

<sup>14</sup> *Geografía económica de Chile*, CORFO, Santiago, 1965, p. 411.

<sup>15</sup> En 1963, el porcentaje de estudiantes de extracción obrera y campesina matriculados en la Universidad de Chile era del 2.2% y en la Escuela de Artes y Oficios, apenas del 10.3%. No obstante la excepcional apertura de la Universidad Chilena, su estudiantado representa un 0.3% de la población. El acceso a la Universidad, Volodia Testelboim, *Revista Aurora*, Santiago de Chile, núm. 7, 1966, pp. 71/73. Según la "Exposición del Ministro de Hacienda en 1965". (*El Mercurio*, Santiago, enero 29) del total de alumnos matriculados en la Universidad de Chile en los primeros años, sólo el 3.6% provenía de familias obreras y en los últimos años ese porcentaje descendió al 1.8%.

<sup>16</sup> "Sesión del Senado", *El Mercurio*, Santiago de Chile, mayo 3, 1968.